

SEMBLANZA DEL DR. MIGUEL ÁNGEL QUESADA PACHECO

Mario Portilla

Resumen

En este texto se presenta una semblanza del Dr. Miguel Ángel Quesada Pacheco a propósito de habersele dedicado la Tercera Semana de la Diversidad Lingüística de Costa Rica.

Palabras clave: Miguel Ángel Quesada Pacheco, semblanza, lingüística, lenguas indígenas de Costa Rica, español de Costa Rica.

Abstract

In this text we present a biographical sketch of Dr. Miguel Ángel Quesada Pacheco, to whom the Third Week of Language Diversity in Costa Rica is devoted.

Key words: Miguel Ángel Quesada Pacheco, biographical sketch, linguistics, indigenous languages of Costa Rica, Costa Rican Spanish.

En primer lugar, debo decir que me complace mucho de ser yo quien lleve a cabo la semblanza del Dr. Miguel Ángel Quesada Pacheco, a quien está dedicada esta III Semana de la Diversidad Lingüística de Costa Rica, en justo homenaje a una carrera profesional consagrada por entero y sin reservas al reconocimiento, la defensa y el rescate de las variedades lingüísticas más estigmatizadas y menos favorecidas de nuestro país y de nuestra región.

Debo decir también que me siento muy honrado de poder expresarle, en mi nombre y, estoy seguro, en nombre de todos de los que estamos aquí hoy, nuestra gratitud por el ingente trabajo realizado así como por la entañable amistad que nos ha brindado a través de los años, sin importar la distancia ni las visicitudes.

Comenzaré diciendo que conocí a Miguel Ángel cuando ambos estudiábamos la carrera de Filología hace ya muchos años. Aunque Miguel Ángel comenzó la carrera antes que yo, coincidimos en un par de cursos que él tenía pendientes. Y es que mientras yo corría insensatamente a terminar lo más pronto posible la carrera universitaria, Miguel Ángel se tomaba, desde aquella época de estudiante, “años sabáticos”, en los

cuales realizaba pasantías en el extranjero y en las que, entre otras cosas, se dedicaba a aprender las lenguas de los países donde vivía.

Estaba un año en Suecia y aprendía sueco; un año en Israel, viviendo en un kibutz, y aprendía hebreo; un año en Islandia y aprendía islandés y así sucesivamente. Así de fácil, como ustedes lo oyen. Pero, ¿cómo hacía Miguel Ángel para aprender tan bien una lengua en tan poco tiempo? Una vez me contó parte de su secreto. Así, por ejemplo, antes de viajar a Islandia, aparte de conseguir de antemano una plaza de trabajo en una fábrica de bacalao, consiguió no sé de adonde –porque aquella no era la época de la Internet– un diccionario y una gramática de islandés. Y estudiando solo iba aprendiendo islandés sin haberlo escuchado nunca. Así aprendió islandés como había aprendido latín y griego: a raja tabla, como se aprendían las lenguas clásicas por aquella época .

Todos sabemos que Miguel Ángel es un auténtico políglota. Habla sueco, islandés, noruego, inglés, francés, italiano, gallego, alemán, rumano, hebreo y varias lenguas más. Pero a Miguel Ángel no le basta aprender solo lenguas con millones de hablantes y con una tradición literaria de muchos siglos. Miguel Ángel a veces prefiere más bien aprender variantes dialectales de ellas o aprender lenguas que se hallan en una posición social desfavorecida. Por ello, se dedicó a aprender a hablar boruca, a pesar de ser una lengua en franco estado de obsolescencia, y también guaymí o nove. Ambas son lenguas indígenas chibchas del sur de Costa Rica.

Miguel Ángel ha sido un trotamundos desde siempre. Esa vocación andariega que lo llevó allende los mares fue la que también lo impulsó a recorrer todos los caminos de Costa Rica. Y digo esto sin ninguna exageración.

Por eso, en parte, no es de extrañar que su primera obra académica haya sido el *Diccionario regional de los distritos de San Gabriel, Monterrey y la Legua de Aserrí*. Esta obra, producto de la investigación llevada a cabo para su tesis de licenciatura, es de orden dialectológico. Pero, en esta obra, Miguel Ángel no solo se ha limitado a describir los fenómenos lingüísticos peculiares de unos dialectos rurales, sino que también ha tenido el ánimo de rescatar y validar los usos no estandarizados propios de estas variedades, que no pocas veces son estigmatizados y rechazados en una sociedad marcadamente urbanocentrista.

Este interés por describir y, por tanto, por reivindicar lo diferente de lo normativo y de lo convencional es también lo que lo ha llevado a convertirse en el mayor especialista en dialectología costarricense y de América Central. De sus cuarenta libros, doce tratan exclusivamente del español de Costa Rica. Igualmente, ha escrito unos veinticinco artículos de sus más setenta sobre esta temática. Dentro de estas obras se destaca su *Nuevo Diccionario de Costarriqueñismos* de 1992 y reeditado varias veces, la última en este mismo año 2015, y el *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Costa Rica (ALECORI)* de 2010, que constituye el primer atlas lingüístico realizado en

Centroamérica. Él, como coordinador, logró concluir el proyecto que había iniciado en 1990, veinte años después: 455 informantes de 56 localidades de todo el país.

Sin embargo, Miguel Ángel no solo se ha dedicado a estudiar el español de Costa Rica en su dimensión diatópica, sino que también lo ha hecho desde una perspectiva diacrónica. En ese sentido, Miguel Ángel también ha sido un insigne viajero del tiempo. Este viaje lo inició con su tesis “Aspectos del español colonial de Costa Rica”, con la cual culminó sus estudios doctorales de Filología Románica, Filología Germánica y Lingüística Comparada en la Universidad de Colonia en Alemania en 1986. De los doce libros dedicados al español de Costa Rica, cinco de ellos e innumerables artículos tratan la historia de esta variedad lingüística. Su libro *Historia de la lengua española en Costa Rica*, de 2008, ganó el Premio Nacional “Aquila J. Echeverría” en 2009.

Sin duda alguna, Miguel Ángel es el mayor especialista, y el más reconocido internacionalmente, en el ámbito de la dialectología de América Central. Entre otras cosas, ha conducido y coordinado el ambicioso proyecto “Variación Lingüística en América Central”, con el patrocinio de la Universidad de Bergen y la Fundación Meltzer, el cual ya ha dado como resultado los libros *El español de América Central: nivel fonético* de 2010 y *El español de América Central: nivel morfosintáctico* de 2013. Además, ha sido también el coordinador de los atlas lingüístico-etnográficos de Belice, El Salvador, Honduras y Panamá.

Su vocación filológica lo ha llevado a escudriñar en muchas bibliotecas y archivos para dar cuenta de la historia del español costarricense y americano. Así, por ejemplo, en 1990 descubrió el primer diccionario escrito de americanismos en el Archivo General de Indias de Sevilla: el *Diccionario de voces americanas* de Manuel José de Ayala de 1724. Realizó una edición crítica de esta obra, la cual publicó en Madrid en 1995.

A pesar de ser el concienzudo escrutador de documentos antiguos en las bibliotecas del mundo, Miguel Ángel es sobre todo un lingüista de campo. Su afán por investigar y rescatar el acervo lingüístico costarricense lo llevó a incursionar también en las lenguas indígenas del país. Pero su interés inicial no se centró en las lenguas indígenas vivas o siquiera moribundas, sino que lo hizo en las ya extintas. Y empezó por el huetar.

Cuando él empezó a estudiar el huetar, todos sabíamos que este fue el idioma indígena más importante de Costa Rica durante la colonia, que presumiblemente era una lengua chibcha y que se conocían solamente unos cuantos vocablos presentes en las crónicas de los conquistadores. Pero, ¿se podía decir algo más de esta lengua, que se suponía extinta desde el siglo XVIII?

Recuerdo que allá por 1989, un día Miguel Ángel inventó que fuéramos a visitar Quitirrisí, que como saben es uno de los últimos reductos de población indígena huetar

del Valle Central, para ver qué podíamos encontrar de huetarismos. En contra de mi natural indisposición a desplazarme al campo en la investigación lingüística, acepté, solo por tratarse de Miguel Ángel y porque sabía que esta aventura no me apartaría mucho de una carretera debidamente asfaltada. Tomamos mi carro y nos fuimos rumbo a Quitirrisí, que queda camino de Ciudad Colón, la antigua Pacaca.

Llegando a lo que creíamos que era Quitirrisí empezamos a inquirir sobre el lugar de un poblado, pero no era fácil porque los descendientes de estos huetares solían vivir más bien dispersos en distintas fincas a lo largo de la carretera en las montañas aledañas. Más por instinto que por la existencia de alguna señal que indicara la presencia de una población, dejamos el carro al lado de la carretera y nos dispusimos a subir por un camino no pavimentado montaña arriba. Recuerdo que, luego de subir un trecho, vimos a unos indígenas que desde lo alto y a lo lejos nos miraban con cierta reserva. Y Miguel Ángel me comentó que le recordaban lo que había leído en los relatos de los conquistadores españoles, que describían así a los huetares, oteando curiosos o escépticos desde lo alto de las montañas la presencia de los extraños. En ese momento entendí un poco mejor su gusto por la aventura y la historia enlazadas por la emoción de lo desconocido.

Pero, bueno, ya que estábamos ahí, continuamos nuestro camino en búsqueda de lo que yo creía eran mis propios antepasados indígenas. Finalmente, encontramos un pequeño caserío muy disperso. Allí empezamos a preguntar por los viejos, quienes más podrían recordar leyendas y tradiciones de su pueblo. Pero, ocurrió un suceso inesperado: después de indagar por aquí y por allá nos aseguraron que había una persona que sabía algo de huetar. Luego de buscar en un lado y en otro, finalmente, dimos con el que yo creía yo sería quizás el último hablante de esta lengua. Ahí estaba ante nosotros una persona más bien joven. Se presentó a sí mismo como el guardián de las más antiguas y fieles tradiciones de su comunidad y afirmaba orgullosamente que él sabía huetar.

Pues, muy bien, ahí estaba nuestra oportunidad de oro de poner en práctica todo lo aprendido en los cursos de lingüística de campo. Sin embargo, luego de un breve interrogatorio, quien comenzó como el seguro conocedor de la lengua huetar, no logró mantener la mínima coherencia propia ni siquiera de un semihablante.

Entonces, ¿de qué se trataba todo aquello, qué llevó a esta persona a ponerse en tal situación? Pues, bien, se trataba de un dirigente comunal que en su contacto con colegas de otras comunidades indígenas había aprendido unas pocas palabras de cabécar. Él había reconocido el valor que tiene una lengua como medio de aglutinación cultural, social y política de una comunidad. Lo movía, entonces, el afán de lograr cierta preponderancia en su comunidad, haciéndose pasar por el depositario de un acervo lingüístico lamentablemente ya inexistente.

Regresamos de nuestro viaje y yo, con tan ingrata decepción, di por terminada mi aventura con esta lengua muerta. Pero Miguel Ángel no lo hizo. Continuó realizando viajes a la comarca por su cuenta, así como lo había hecho muchos años antes a la zona de los Santos. Viajó por toda esta región, internándose hasta las remotidades del Cerro Nene, donde, para usar un posible huetarismo, el pisuicas perdió la chaqueta.

Y aunque ciertamente no logró encontrar ya a ningún hablante de huetar, halló resabios de la lengua y recogió una gran cantidad de leyendas y tradiciones que escribió en sus libros *Tradiciones huetares* de 1989 y *Los huetares: historia, lengua, etnografía y tradición oral*, el cual le valió nuevamente el Premio Nacional “Aquileo J. Echeverría” en 1997.

Luego, casi de inmediato, Miguel Ángel se interesó en la lengua boruca. En esa época, ya esta lengua se encontraba en un avanzadísimo estado de obsolescencia. Ya no había hablantes fluidos, sino solamente semihablantes y textos de la lengua. Entonces, Miguel Ángel hizo de nuevo acopio de su gran capacidad para estudiar lenguas sin profesor y aprendió perfectamente boruca, basándose solo en los textos disponibles.

Pero, no se conformó solamente con escudriñar la lengua y con describirla, sino que además escribió un libro de texto para enseñar y conocer esta lengua: *Hablemos boruca* en 1995. No contento con eso, de manera totalmente ad-honórem, impartió este curso a los miembros de esta comunidad indígena durante varios meses. Lamentablemente, el resultado de tal experiencia no fue el más exitoso. No por falta de voluntad de Miguel Ángel, sino por lo complejo que es socialmente el fenómeno de la atrición lingüística. A la situación de la muerte de lenguas indígenas, especialmente en el Istmo centroamericano, ha dedicado Miguel Ángel varios de sus estudios.

En los últimos años, Miguel Ángel ha seguido dedicándose al estudio de las lenguas indígenas de Costa Rica y Panamá (ha escrito probablemente los mayores estudios del guaimí o nobe), al estudio de la historia lingüística del español y al estudio de la dialectología hispanoamericana, con un énfasis en América Central.

Quiero mencionar también que Miguel Ángel se ha hecho merecedor de múltiples méritos y reconocimientos, como el haber sido nombrado miembro de la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica y miembro de la Academia Costarricense de la Lengua (ambos honores concedidos en 1999), entre otros, y como he dicho, ha recibido dos premios nacionales.

Como todos sabemos, Miguel Ángel ha recibido el premio cultural más importante que otorga el Gobierno de Costa Rica, el Premio Nacional de Cultura Magón 2014. En su dictamen, el jurado señala que le otorgaba este premio: “Por una vida dedicada al rescate y visibilización de una de las manifestaciones culturales más importantes de un pueblo, su acervo lingüístico”. Y Miguel Ángel, en su discurso de aceptación del premio, con su habitual humildad, reconocía que el valor más importante

la adjudicación de este galardón era el reconocimiento que se hacía a las lenguas y variedades menos favorecidas de nuestro país y a sus hablantes. Por eso creo que este premio ha sido el justo reconocimiento a una vida congruente con ideales muy elevados de humanismo y solidaridad.

Alguna vez, Miguel Ángel se definió a sí mismo como un peón de la lingüística, en el sentido de que él solo se dedicaba a recoger y rescatar materiales para ponerlos a la disposición de otros. Yo, en lo personal, no creo que esta autovaloración sea del todo exacta, pero ciertamente esta refleja la humildad y la generosidad que lo siempre lo han caracterizado.

Miguel Ángel, sin duda alguna, es uno de los lingüistas más prominentes que ha dado este país, un gran investigador y un académico mundialmente reconocido. Pero, Miguel Ángel, para nosotros, es sobre todo un ser humano excepcional, una buena persona con la que siempre se puede contar y, por supuesto, nuestro amigo entrañable.

